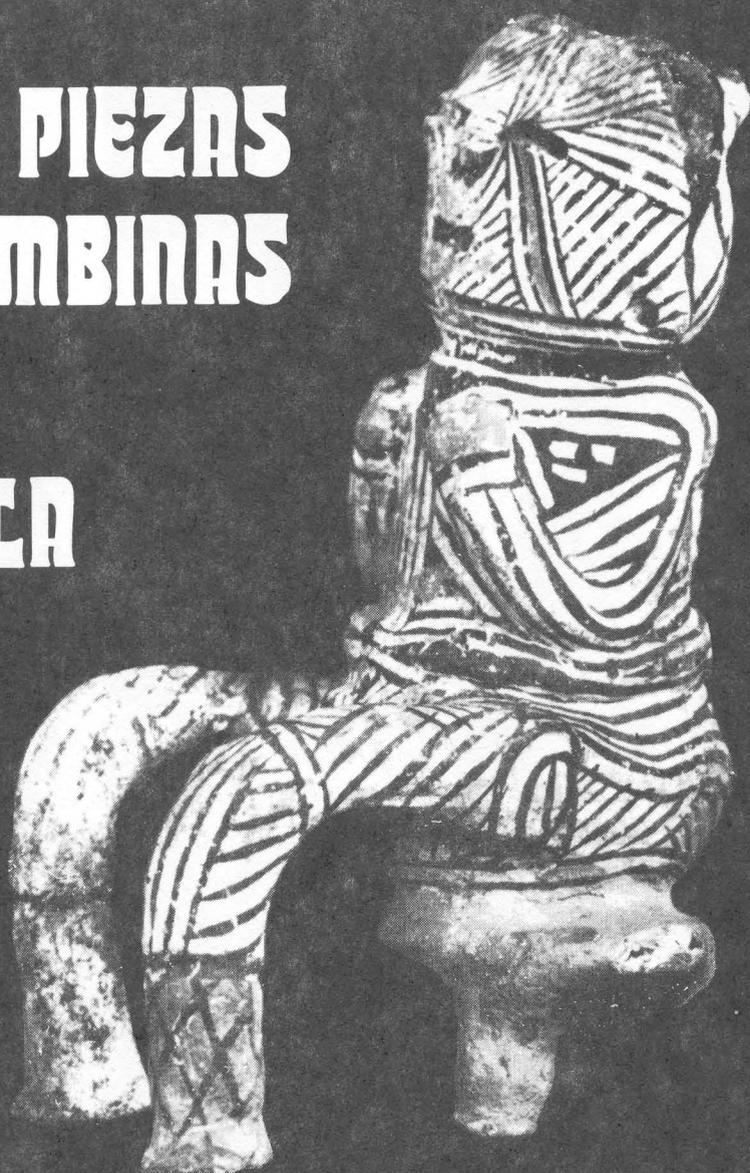


PIEZAS PRECOLOMBINAS DE VENEZUELA



Entre venezolanos se cree que la población indígena anterior a la llegada de los españoles era inferior a otras culturas indias. La razón de esta creencia es, en realidad, la ignorancia. Se trata de una actitud corriente en los seres humanos. Menospreciamos lo que no conocemos para no darnos cuenta de que el error está en nosotros mismos. Por eso es interesante el trabajo realizado por los Mannil al lograr su colección de cerámicas precolombinas halladas en Venezuela. Esas cerámicas son pequeñas en sus dimensiones, pero su calidad se equipara a las más finas obras realizadas por mayas o aymaraes. Esta gente de Venezuela —es un decir— era artista. Su geografía no le daba facilidades para trabajos en piedras o en metales, pero con la arcilla que Dios usó para hacer al hombre, ellos hicieron figuras de hombres y mujeres a la medida de sus facultades espirituales. Esta colección sirve para descubrirnos esta simplísima verdad que estaba oculta en una zona de

sombra. La obtención de las piezas implica un trabajo sobre el cual no es preciso insistir. Basta con saber que algunas fueron halladas en las selvas del sur (en el Juruari) mientras otras fueron encontradas en las montañas de Mérida y Trujillo. Pero cierto es que hay demostración de la comunidad cultural de estos pueblos a los que no tenemos por qué señalar centro preciso. En realidad, el acercamiento a los indígenas pre-colombinos ha tenido cierta condición académica que lo ha hecho árido; por eso, el encuentro directo con su vida, por actividades como la cerámica, enseña más que las conferencias, estudios y libros acerca de la cualidad de los hombres a los que deberíamos considerar con orgullo como nuestros ascendientes. Una colección como esta nos da la oportunidad de entrar en esa sombra magnífica donde los sueños de los indios tomaron la forma de la tierra de acuerdo con sus manos sabias. Los hombres que hicieron esas figuras son ricos de su capacidad creadora. Nada importa que no usen materiales duros y brillan-

tes. Esas cerámicas han durado tanto como las construcciones de piedra de los aztecas, como los dioses de piedra de los mayas. El material se ha purificado, se ha mejorado en su propia calidad, al recibir la huella de los autores. La explicación de los detalles artísticos puede quedar para eruditos como siempre. Al espectador corriente le basta con sentir el encanto de la presencia de los antiguos. La contraposición de negros y blancos; los relieves obtenidos hacia dentro o hacia afuera, las actitudes de los personajes, indican que los creadores no pretendían hacer objetos sagrados. No hay dioses aquí; se trata de hombres que descansan o trabajan; que sueña igual que quienes lo hicieron. Esa fábrica de sueños es, justamente, lo que implica la igualdad de los indígenas de Venezuela con los finos artistas de otras geografías. Y son, además, fabricantes de imágenes que recuerdan hombres y animales, incorporados muchas veces a la forma del objeto realizado: serpientes, cachicamos, dantas. No se puede decir que ▶



sean realistas, pero es lo cierto que sus obras no tienden a ser religiosas ni constituyen objeto de algún culto. Por el contrario, pueden ser útiles, servir para uso cotidiano en su condición de recipientes; cuando no tienen esa condición, participan de lo inmediato por reproducir lo que está en sus vidas: sus miedos, sus deseos, la existencia del hombre dentro de un mundo fuerte y extraño (en el sentido de poco conocido y menos dominado). Esas cerámicas dicen todo eso en el más sencillo lenguaje y a los coleccionistas corresponde el mérito de haber encontrado esas admirables huellas de un pasado que se desconoce casi voluntariamente por quienes deberían tenerlo como orgulloso timbre de nobleza. La cerámica anterior a la llegada de los navegantes españoles pertenece a la vida de los artistas que la forjaron, lo cual no equivale a decir que sea realista; está viva a cuatro siglos de distancia, aunque sus autores acompañen desde entonces la sencilla realidad de sus sueños. No es el fondo del tiempo esa verdad admirable. Sólo es la brillante superficie



de los sueños, que se hacen eternos al contacto del fuego. Por ello la tierra adquiere calidad y dureza de piedra y de metal así sea nada más que barro. La colección de los Mannil sirve para aprender una vez más esa lección de las manos sabias en el oficio de crear formas que no tienen relación de realismo sino de vida a través del barro y el fuego. Quede para los eruditos el estudio de las líneas y de los relieves. A nosotros nos basta con señalar en esas cerámicas el trabajo de los hombres que en nuestra tierra vivieron, antes de la llegada de los navegantes europeos. Para los que dedicaron tiempo y buena intención en agrupar esas cerámicas, sirva el agradecimiento de quienes podemos admirarlas hoy por la voluntad de ser útiles demostrada lujosamente en un negocio admirable, superior al dinero, por cuanto es negocio de cultura voluntariamente desconocido por los herederos de aquellos antiguos artistas a quienes mucho deben los artistas de hoy, así deseen ignorarlo.

GUILLERMO MENESES

